ATENEO BARCELONÉS

JOSÉ YXART

ESTUDIO NECROLÓGICO

POR

JUAN SARDÀ

Leído en la velada
que se celebró el día 20 de Diciembre de 1897
para solemnizar la colocación del retrato
en la galería de Sócios Ilustres

BARCELONA — MDCCCXCVIII

RES
/1124

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques
1500904064

JOSÉ YXART

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques
Biblioteca d'Humanitats
Donatiu
A. Soberanas

Graner, pintó Pahissa, copió

J. YXART

ATENEO BARCELONÉS

JOSÉ YXART

ESTUDIO NECROLÓGICO

POR

JUAN SARDÁ

Leido en la velada
que se celebró el día 20 de Diciembre de 1897
para solemnizar la colocación del retrato
en la galería de Socios Ilustres

BARCELONA — MDCCCXCVIII

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques
Biblioteca d'Humanitats

SEÑORES:

RECORRIENDO Yxart, en su discurso de Presidente de esta casa, pronunciado en 1892, las fases porque había pasado la crítica literaria en el presente siglo, recordaba y complacientemente extractaba, aunque con reservas, el célebre artículo en que Sainte-Beuve expuso la teoría de su sistema, y en que desmontando, por decirlo así, pieza por pieza, la armazón-tipo de sus análisis, mostraba cómo y por qué medios conseguía la sutil perfección de parecido que avalora sus semblanzas literarias. Era uno de dichos medios la formación é inspección del árbol de familia del retratado. Mu-

Yxart nació en Tarragona el 10 de Septiembre de 1852. — Falleció en Tarragona el 25 de Mayo de 1895.

chas veces, á juicio de Sainte-Beuve, en el rostro de desconocido progenitor hállase el orígen y clave de ciertos rasgos fisionómicos que singularizan el del modelo, oscuros é inexplicables de otra suerte.

Pensando en Yxart y en la índole de su personalidad literaria, tan catalana y tan poco catalana al propio tiempo, he recordado en ocasiones el procedimiento Sainte-Beuve, y me ha parecido que lo veía justificado sobre el ejemplar vivo y palpable de nuestro amigo todavía más que en las evocaciones, para nosotros mudas aunque brillantes, del eminente crítico francés.

Contábase entre los antecesores de Yxart un Taverne (hoy Tavern), noble francés de selecta alcurnia, que inmigró en nuestra tierra huyendo de las calamidades del Terror, y aquí casó y fundó familia. Una de sus hijas casó con un Moragas, de castizo abolengo catalán, no menos castizo que el de la casa Yxart en la cual entró, andando el tiempo, una Moragas-Tavern, la madre de nuestro amigo.

Guárdase aun muy viva en la tradición de la ramificada descendencia Tavern la imagen del fundador, sino directa, pues los años han

roto la ilación, reflejada, ó, por decir mejor, sugerida por la visión personal del hogar que él creó y en el cual infundió su espíritu.

Nuestro mismo Yxart guardaba de aquel hogar una impresión intensa que se complacía en evocar, más que con vanagloria afectuosa de deudo, con sensación de psicólogo y de artista.

En unas notas íntimas que escribió en sus mocedades, leo el fragmento que voy á transcribiros:

«Cuando se entraba en la casa de un Tavern, algo recordaba nuestra imaginación juvenil de ciertas descripciones de la literatura francesa en que se pintan las costumbres y el buen gusto de los antiguos nobles de aquel país. Decoraban las paredes antiguos cuadros, retratos de los antecesores de la familia, entre los cuales había el de un primer magistrado de Tolosa, con su rizada peluca y blanca golilla; los muebles eran elegantes y las habitaciones muy adornadas con aliño y gusto. La conversación era siempre amena y alegre, pero un tanto ceremoniosa, sin que se nos permitiera descender á ningún objeto triste ó profundo que preocupara la imaginación y tur-

bara la tranquilidad del espíritu con el terror ó el recuerdo de los sinsabores de la vida. Las frases cariñosas y lisonjeras se repetían cada día, como si se llegara de un largo viaje, y cuidábase más de no herir el amor propio con ninguna palabra demasiado natural y salida de la confianza, que de manifestar una ruidosa expansión que no parecía del mejor gusto.»

Los que conocísteis y tratásteis á fondo á nuestro Yxart y habeis leido sus obras; los que debajo de su exterior negligencia de bohemio supísteis descubrir, cosa fácil, lo pulcro y delicado de sus gustos, y su horror á todo desplante y grosería en el trato social; los que en sus obras sabeis ver ingerto en el tronco robusto de un pensamiento jugoso, el vivaz y ático ingenio de un conversador, de un *causeur* de salón literario, planta exótica en España, y mucho más aquí, ¿verdad que convendreis conmigo en que no es descaminado pensar que al escribir su testamento no se olvidó del todo de su futuro deudo el procer francés?

De la punta de la pluma saltó al papel la palabra *causeur*, con el aditamento de *causeur* de salón literario. ¡Cuán sugestivos han de ser

estos conceptos para los que conocimos y tratamos íntima y frecuentemente á Yxart! ¡Qué de melancólicos recuerdos despiertan! Á la memoria vuelven aquellas largas horas, que siempre parecían cortas, pasadas con él, oyéndole, deleitándose en su conversación amenísima, nutrida de ideas y de conceptos propios y originales, salpimentada acá y acullá por la anécdota feliz, por la burla intencionada, mordaz algunas veces, por el golpe inesperado de ingenio. Allí, entre amigos que comulgasen en sus gustos y aficiones, se sentía Yxart en su centro, y sin buscarlo ni notarlo, daba el tono y llevaba la voz cantante de la conversación.

Y lo notable en él, por lo mismo que no es lo más común, era la rapidez y el aplomo de su juicio. Generalmente, al acabar de leer un libro, al salir de una representación escénica, de oir una conferencia, de ver una exposición de artes, el cerebro se siente como aturdido por el agolpamiento de ideas, y necesita reposo para coordinarlas y seleccionarlas, y precisar las impresiones. Hablo de los sinceros, de los que no se traen ya hecha de antemano su composición de lugar, ó una pauta ramplona

que sin gran fatiga del cerebro les da ya lista y aderezada la apreciación.

Pues entonces había que oir á Yxart si se encontraba entre amigos con quienes congeniase. Sin pauta alguna mezquina, pues su credo era ámplio y tolerante — tolerante para lo bueno — al correr de su perspicaz juicio os refería y os analizaba y os justificaba la impresión sentida por él, de un modo tan preciso, con golpes de vista tan certeros, que lo confuso é intrincado de la obra se os hacía transparente. Hasta, cuando opinábais lo contrario que él, os desembrollaba, por contraposición, el revoltijo de los elementos de vuestro juicio, y os daba hecha, sin pensarlo, la refutación ó la réplica al suyo. Por esto no tenía que aguardar jamás á una segunda audición ó á una segunda visita para entusiasmarse ó para dar el palmetazo. Desde la primera noche, cuando la mayoría del público salía desconcertada, y cuando hasta los *snobs*, como se dice ahora, no osaban abrir la boca, él, Yxart, descubría que las Duses eran actrices eminentes, y en el juego desigual y nervioso sabía ver las maravillosas intuiciones que solo al siguiente día descubrían las gentes. Pero Yxart

reservaba estos primores de su juicio y de su improvisación para los íntimos. Jamás le habían gustado, antes les huía el cuerpo como de la peste, los corrillos de entreacto. ¿Qué más quisieran, al acercarse á él, como oficiosamente solían, los predicadores de grupo, que pescarle un cacho de juicio para apropiárselo triunfantes y poder luego andar á plomo en la cháchara con que publicaban la vacuidad de su apreciación repentista?

¡Pobre Yxart! Hasta en la postrera época de su vida, en los últimos meses, cuando la maldita tisis le había robado el aliento y la voz, afónico hasta el punto que había que acercarse junto á él para no perder sus palabras, hasta entonces rebosaba el *trop plein* de su pensamiento, y al hallarse entre sus íntimos hablaba, hablaba como solo él sabía. Nosotros, no sé si piadosos ó crueles, seguíamos encantados y entristecidos el curso de sus pensamientos, procurando atajarle la palabra cuando buenamente podíamos. ¡Harto se la atajaba la fatiga, empañándole los ojos con el velo de las lágrimas interiores y mudas que le arrancaba cada nueva prueba de su vencimiento en la lucha por la vida!

Este comercio de ideas con sus amigos era lo que le hacía tan agradable su estancia en Barcelona, y convirtió su vida en un perenne é ingrato conflicto entre sus compromisos y aun sus deberes de familia, y las necesidades de su espíritu y de su vocación literaria.

Por una guasa del azar, Yxart había nacido el primogénito de una familia hacendada de Tarragona en donde radica la casa solariega y en cuya comarca posee cuantiosas propiedades. La tradición regional y de familia le llamaba, por consiguiente, á ser el *hereu*, el futuro continuador y eje de la casa, y el administrador del patrimonio familiar. Para ello, lo natural, y el sueño de los suyos, era que siguiese la carrera de abogado. Una vez concluida, y puesta aquella toga, *negra*, según decía él, *como la hopa de un ajusticiado*, abriría bufete en su ciudad natal, y se dedicaría á defender mal casadas ante el Metropolitano en grado de apelación, á evacuar consultas de lugareños maliciosos que se informan del derecho contrario para conocer el propio, á terciar en las mezquinas pero africanas contien-

das de política local, y finalmente, á abrir tertulia diaria de señores canónigos, delegados de Hacienda y jefes de la guarnición.

Yxart no podía pasar por que su vida hubiese de ser ésta, vida tranquila, decorosa, hasta envidiable, pero de todo punto incompatible con sus aficiones y su temperamento. De ahí que estuviese dispuesto á todas horas á vender su primogenitura por un pasaje de segunda en el ferrocarril de Tarragona á Barcelona, con harta contrariedad de su familia, la cual, aunque ilustrada y culta, no sabía avenirse á aquella dislocación de todas las tradiciones que eran como los Dioses Penates de la casa, ni á ver á su *hereu* convertido en un bohemio literario que se arrastraba por las casas de huéspedes de Barcelona.

Este conflicto amargó á Yxart muchas horas. Yxart era pundonoroso, y á pesar de temporales enervamientos de poeta, tenía una gran conciencia del deber. Hasta la misma tradición de familia se le imponía á ratos, y le parecía que tenía una misión que cumplir y que no cumplía. Sublevábase, además, contra la misma idea — y eso que él era el primero en abrigarla — de su incapacidad para las funciones

metódicas de la vida de *hereu* provinciano que la suerte le deparara. Pero la sinceridad y la intensidad de su naturaleza eran más poderosas que todas aquellas consideraciones de razón; la vocación de la literatura se le llevaba, y en cuanto podía, materialmente como el mozo travieso que inventa una mentira para pasar fuera de su casa una noche de *juerga*, cogía el tren y se venía á la que él llamó en alguna parte *la patria del alma*. ¿Recordais de su tomo de *Obras catalanas*, publicado después de su muerte, la *Carta en vers* á Guimerá, espléndido fruto de una de aquellas murrias? ¿Recordais lo *Passeig pel moll*?

Y aquí de paso he de suplicar á sus conterráneos de Tarragona que por ventura me oigan ó me lean, que ni vean en esos recuerdos que invoco de Yxart algo depresivo para su ciudad natal, ni entiendan que porque Yxart se encontrara estrecho y ahogado en ella, dejase de quererla entrañablemente. Tierra era de su nacimiento, nido de sus primeros y más caros recuerdos — los de su infancia — hogar de su familia, y punto de cita con amigos á quienes quería como le querían ellos. Lo que hay es que por la fuerza invencible de las co-

sas, con ser menguada en su conjunto la vida literaria de Barcelona, supera en mucho á la de una capital pequeña como Tarragona, al modo que la de Barcelona es raquítica en comparación con la de otros centros más populosos y de más recursos. Con ser Barcelona un ideal para Yxart, así y todo, en sus últimos tiempos, antes de que la enfermedad que le mató le hubiese atado las alas, soñaba con irse por más ó menos tiempo á Madrid á buscar campo más ancho á su actividad y á sus ambiciones literarias. Y eso que de Madrid no tenía desde Barcelona la idea que desde Tarragona tenía de Barcelona. Y dados sus gustos y aficiones, y la orientación de su pensamiento, tal vez no se equivocase.

Pero dejemos aparte esta digresión motivada por el deseo de no herir susceptibilidades locales á costa de la buena memoria de nuestro amigo.

Solo á medias correspondió Barcelona á las esperanzas que en ella cifraba Yxart. Durante los primeros años de sus largas escapatorias á nuestra ciudad, desde el 74 ó 75 al 80, Yxart hizo principalmente lo que podríamos llamar *situarse*. Si la necesidad del pan nuestro de

cada día le hubiese apremiado, tal vez en algún taller de confecciones de esos que llaman casas editoriales le hubieran dado calzoncillos de munición á coser á domicilio, que á esto llaman aquí hacer oficio de literato. Por fortuna para él, la posición desahogada de su familia, por una parte, y por otra, el cariño excepcional de su primo Narciso Oller en cuya casa hallaba siempre la propia, librábanle de aquella gleba enervante en la cual se esterilizan los mejores ingenios. Merced á tan propicias circunstancias, y aunque á su espíritu pundonoroso pesase á veces aquella vida irregular de pensionista de sus deudos, Yxart pudo labrar durante aquellos cuatro ó cinco años los cimientos de su futura posición literaria (que hasta llegó á ser relativamente posición social), leyendo todo lo legible, conversando de todo lo conversable, discutiendo de todas las cosas y muchas más, y matando últimas horas, trasnochador empedernido, alrededor de ciertas mesas de café, de cuyos contertulios pocos serán los que mueran inéditos y sin una gacetilla laudatoria cuando menos.

Por aquellos tiempos echó anclas Yxart en su generación literaria, en la nuestra. Durante los años de su vida de estudiante sólo había llegado á bordearla, desviado por las andanzas de una juventud bulliciosa de hijo de familia acomodada, libre y suelto en casas de huespédes. No es que de tales andanzas estudiantiles no le distrajesen las aficiones y los entusiasmos literarios, por el teatro sobre todo; pero las circunstancias no le habían traído á su centro natural, que era entre nosotros, entre los que formábamos con más ó menos derecho y con más ó menos fortuna individuales, la juventud literaria de la década del 70 al 80.

Aquella juventud literaria era fundamentalmente catalanista. Y á pesar de que, mirado superficialmente, acaso debía de parecer Yxart más anti ó por lo menos más extra-catalanista que catalanista, sin embargo, en el fondo, por su temperamento intelectual y por la poderosa sinceridad de su naturaleza literaria, había nacido catalanista, y debía, al peso de la gravedad, venir á caer, como vino á caer, entre nosotros.

Porque al usar el concepto *catalanismo*, refiriéndome á aquella generación, lo extiendo más allá del límite ceñido de reivindicación político-patriótica en que algunos lo encierran hoy, ó del simple uso del catalán como instrumento literario, según lo entienden otros. Catalanismo quiere decir aquí dirección propia y característica en todos los órdenes de la vida; quiere decir concordancia, fomentada adrede y deliberadamente, de todas las expansiones de nuestro espíritu con las propensiones genuinas de nuestra naturaleza, esa naturaleza que debemos al terruño, al clima y á la filiación étnica é histórica; catalanismo quiere decir aquí depuración sistemática de la sangre social para extirpar los malos humores que ya traiga dentro, é higiene enérgica y persistente para impedir que otros nuevos vengan á infeccionarla y corromperla.

Esto quería y por esto bregaba, aunque sin un programa concreto y definido, la generación literaria á que vengo refiriéndome. ¿Como no había de sentirse bien Yxart en ella, entre nosotros, el día que la casualidad le abrió las puertas de nuestra casa, él que precisamente traía un cerebro catalán de raíz, con todas las

cualidades características que ha de tener el cerebro catalán tal como le concebimos é imaginamos?

Tal vez sea el cariño á lo que en parte es propio y se ha vivido y respirado, pero paréceme á mí — y bien puedo elogiarla yo que no llegué á salir de filas — que sin pedante vanagloria puede jactarse aquella generación de haber sido en la historia intelectual, la literaria y artística sobre todo, de nuestra moderna Cataluña, la más copiosa en número, la más rica en talentos, y la que ha tenido más caracterización y más personalidad de conjunto dentro de la rica variedad de temperamentos individuales. No quiero citar nombres porque la lista sería larga. Hoy empezamos ya á marchitarnos á los ojos de la generación que nos reemplaza. Los vientos traen gérmenes nuevos que esa nueva generación — así sea — está llamada á desenvolver. Pero así y todo, y apesar del proverbial desapego con que en la familia del pensamiento suelen tratar los hijos á los padres — ley del talión jamás infrinjida — paréceme que no se nos ha de regatear á los de nuestra época, cuando nos entierren, una página grande en la historia de la cultura catala-

na. Al que sintiese la veleidad de enterrarnos sin lápida y en la fosa común, le recomendaríamos que leyese en las obras de Yxart, en sus cinco tomos del *Año pasado* principalmente, lo que ha hecho, ó una parte de lo que ha hecho aquella generación.

Con la década del 80 se inicia para Yxart el período de fecunda labor que tan infamemente había de cortar la muerte en su momento álgido y de mayor brillo. Traspuestos los lindes de la juventud primera, y llegado su talento á la plenitud del desarrollo, sacaron fruto todas aquellas aparentes perezas de bohemio que venía arrastrando por las amenas tertulias de allende media noche.

Quiso la..... suerte que á otro contertulio trasnochador de la madera de Yxart se le ocurriese meterse á editor para dar vado á los sueños de artista que traía en la propia mente. De allí nació la Biblioteca de *Arte y Letras*, uno de cuyos primeros tomos fué el *Fortuny*, encomendado á Yxart. Después de escribir este tomo, tradujo Yxart para la propia biblioteca el teatro de Schiller en tres volúmenes. Mas

tarde, transferida á una nueva entidad la empresa editorial, quedó al frente de ella Yxart como director literario-artístico. Como tal creó, conjunta á la serie de *Arte y Letras*, la colección económica de clásicos, para la cual escribió varios prólogos interesantísimos. Años después, cuando *Arte y Letras* liquidó su negocio, entró Yxart con análogas funciones en la casa Henrich y C.ª durante el período en que esta casa explotó el ramo editorial por cuenta propia. Cuando cesó Yxart en este cargo, y cuando, según antes apunté incidentalmente, empezaba á labrar en él la idea de trasladarse á Madrid, sobrevinieron, oscuros y misteriosos, los síntomas primeros, pronto por desgracia clareados é inequívocos, de la enfermedad que en un par de años le arrastró al sepulcro y enterró todos sus proyectos.

Durante este período del 80 al 95 cuanta actividad la de Yxart! cuán fructífera! cuán brillante y gloriosa! ¡Cómo se resarció de la que algunos juzgaban incurable indolencia de los años de gestación secreta de su hermosa obra literaria!

Mucha gente cree en la casualidad, en el azar, y alguien supondría que sin la coinci-

dencia, meramente fortuita al parecer, de la creación de la empresa *Arte y Letras*, Yxart no hubiera llegado á desperezarse de sus vagancias juveniles de poeta.

No creáis en tal azar ni en tal casualidad. Cuando se trae el fuego dentro, tarde ó temprano se arde. Sólo quedan en ochavos los que para ochavos nacieron. ¡Que hay una fortuna que levanta ó derriba! Claro que sí. Pero esta fortuna es principal, y tal vez exclusivamente, la inicial, la que al nacer nos hace tontos ó sabios, fuertes ó enfermizos; es, si queréis, la que en lo mejor de vuestra vida, como al pobre Yxart, os insufla en los pulmones el veneno que os destroza y os mata, rompiendo á la mitad la labor de vuestro talento.

Pero fuera de estas misteriosas crueldades de la naturaleza, creed que la intervención del azar para explicar el crecimiento y el destacar de los privilegiados, suele ser interesada invención de los impotentes que no han conseguido salir del montón anónimo. Si un editor ilustrado no le hubiese encargado á Yxart el *Fortuny* que dió su nombre al público y ocasión á él mismo de tantear las fuerzas de su talento, tarde ó temprano se lo hubiera enco-

mendado un editor sin ilustrar, ó tarde ó temprano lo hubiera escrito él por propios arranque y cuenta.

El azar suele ser el hecho concomitante que en nuestra miopía tomamos por el hecho causal.

Y conste que al traer á colación en estos términos el tomo *Fortuny*, es sólo porque fué la primera obra de empeño que escribió Yxart, no porque le dé á aquel libro — ni se la daba su autor — escepcional importancia ni aun valor preeminente dentro de la que, usando un galicismo, he llamado la obra literaria de nuestro escritor.

Es difícil hablar á fondo del libro *Fortuny*. Requeriríase para ello, entre otras cosas, saber y poder hablar del pintor Fortuny con conocimiento de causa. Y ¿cómo hablar de un pintor cuyas obras desconocemos, por lo menos las principales, las que le dieron el excepcional renombre de que llegó á disfrutar, y en las cuales cristalizó su sustancia artística?

Yxart tuvo la fortuna de verlas y admirarlas en París, cuando la Exposición de 1878, en la

ocasión más propicia para formar concepto de los méritos que á tanta altura las elevaron. Á juzgar por lo que se dice, no podía ni podría volver semejante ocasión, si es cierto que por la mala cualidad industrial de los colores que empleó el pintor, y por la acción del tiempo, se han empañado y aun han perdido á trozos su valor de relación, uno de los secretos del colorista, las espléndidas coloraciones de los famosos cuadros de la última época fortuniana.

Yxart sintió, como todos, la magia de aquellas creaciones. No fué sin límites ni sin reservas su entusiasmo, pero todavía fué bastante ardoroso para dar ocasión á que más tarde, cuando por el predominio de otras corrientes cedió la boga fortuniana, sobre todo en el mundo de los artistas, se le echasen en cara al biógrafo panegirista algunos de los ditirambos de su libro.

No creo que Yxart se hubiera arrepentido jamás de ellos, á pesar de que su criterio se hubiese ido modificando y encauzando en la dirección de aquellas nuevas corrientes artísticas.

Fortuny hacía buena la perspicaz observa-

ción de Sainte-Beuve en el artículo de que os hablé al comienzo del presente estudio. Pretendía Sainte-Beuve que uno de los modos de quilatar las cualídades literarias de los fundadores de escuela era examinarlas en sus discípulos. La falta de espontaneidad, la exageración, el artificio del imitador convertían muchas veces en defectos lo que en el maestro fueron cualidades, por donde se apreciaba en ellos, aún más seguramente que en el maestro, la esencia de semejantes cualidades.

Esto pasó con Fortuny. Ya Yxart lo consignaba y lamentaba en su libro al estudiar la significación del maestro y su papel en la historia del arte contemporáneo. La verdad es que hemos visto horrores inspirados en la manera fortuniana y marchamados con el plomo de la escuela.

Fortuny fué como un meteoro que rasgó por un momento el cielo de la pintura, dejando una estela de luz, muy esplendorosa, pero desvanecida al punto. Para pintar como él, para imitarle y no parodiarle, era menester hasta la agudez escepcional de su visión. Sus ojos penetraban, por decirlo así, dentro de los colores de las cosas, y descubrían y deshilaban,

si se me permite la metáfora, para entretejerlas en la tela de sus cuadros, las sutiles hebras de luz de iris que en la naturaleza forman la urdimbre de aquellos colores. Pero ¿hay que culpar á Fortuny de que la naturaleza le dotase á él de cualidades de excepción, y de que al mismo tiempo las negase á sus émulos y seguidores? ¿Es él el responsable de los desvaríos de éstos?

No tenía, pues, porque correrse Yxart, ni se corrió de sus entusiasmos. Ocho años después de escrito el *Fortuny*, en 1888, contendiendo con Luís Alfonso en réplica á ciertas censuras que éste le dirigió con motivo de la conferencia sobre *La crítica y el arte*, pronunciada por Yxart en el Círculo Artístico de esta ciudad, escribía lo que sigue:

«Cita usted mi obra *Fortuny*, y algunas de sus frases, dislocadas y sacadas con pinzas de la página, según habilísima costumbre de usted, para ponerme en contradicción conmigo mismo. Cuenta el libro algunos años y fué uno de mis primeros estudios; tengo, pues, especial gusto en confesar que realmente desde entonces he cambiado de ideas. Si no se tratara de mí, (añadiré parodiando á Ríos Rosas)

diría que me felicito de ello, puesto que en los años en que se compuso el libro, (lo escribió á los 27 ó 28) y aún quizás en todos los de la vida, la variación no sólo es ley fatal sino condición laudable cuando recae en esta suerte de especulaciones puras. Pero aún late en aquella obra mucho de lo que sostengo hoy, y fuera de alguna frase retórica, hay en el libro todo el entusiasmo que merece uno de los genios más genio de nuestro siglo, y una de las potencias artísticas que hacen buena y espiritual la adoración de las bellezas naturales, no sólo, como cree usted, por su maravillosa factura, sino por el alma que supo infundir cabalmente á lo más inanimado.»

Como veis, contra cierta opinión que se formó de Fortuny y que pasó á ser como un tópico de la crítica, Yxart creía en el *alma* de las pinturas del maestro. Y es que para Yxart, ó mucho me equivoco, ó era muy otra cosa de lo que regularmente se cree lo que pudiéramos llamar belleza espiritual ó ideal de la obra plástica.

Recuerdo haber leído en una de esas fantasías artístico-literarias en que tanto sobresalen ciertos escritores franceses, la descrip-

ción del *caso* de un artista que sentía tan intensamente la belleza de la línea por la línea, independientemente de su valor de expresión gráfica, que había reducido la producción artística á unos laberintos de líneas que se cruzaban y atravesaban en las direcciones más caprichosas, sin ton ni son ni más plan que el desvarío estético de la perturbada cabeza del artista.

En semejante extremosidad paradojal hay un fondo de profunda observación. Nosotros, los profanos, los que no hemos recibido sobre nuestras cabezas la lengua de fuego, no sabemos ver en el espectáculo ambiente ni en los maridajes de líneas y de colores que la naturaleza ofrece á la vista, las recónditas é inefables armonías que descubre el ojo privilegiado del que nació artista de verdad. El artista se extasía con ellas, y si su éxtasis pasa del estado de emoción pasiva al de inspiración agente, y si su mano es bastante diestra para reproducir en la tela ó en el barro aquellos colores ó aquellas líneas y para insuflar en la reproducción aquel divino aliento que él siente palpitar en el espectáculo reproducido, entonces crea la obra verdaderamente bella, la que es fiel re-

medo de algo material que todos sabemos ver, pero es á la vez tangible concreción de algo indefinido é incoercible que, ya tenga existencia objetiva en la realidad, ya sea mera alucinación inconsciente de enamorado, aparece, sin embargo, en su obra como una hermosura artísticamente real que vivifica y abrillanta las hermosuras materiales que al maestro sirvieron de modelo.

Este era, á mi juicio, el concepto fundamental de la estética de Yxart en orden al arte propiamente dicho. Y porque entendía que el crítico no debía ser un espectador más, sino que debía profesar y aplicar — bien que con criterio muy lato — leyes y principios, entendía así mismo que era aquel concepto fundamental que dejo expuesto el que debía informar la crítica de arte. Esta es en cifra la tesis de la conferencia que dejo citada, y la de los sustanciosos artículos que forman el traslado de Yxart en la polémica, también recordada, con Luís Alfonso.

Por esto sostenía, empleando la técnica de Taine, que el artista debía buscar, ó mejor, intuitivamente hallaba, si lo era de veras, el *carácter* del fragmento de naturaleza que le

inspiraba su obra, y debía trasladarlo por medio de la *convergencia de efectos*. Por esto añadía á su vez que la crítica debía, colocándose en el punto de mira del artista, estudiar aquel carácter y esa convergencia, y si existían, ponerlos de manifiesto con el análisis hasta técnico, y celebrarlos con el ditirambo hasta lírico.

Fuera, pues, de una vez, exclamaba Yxart, la crítica comodona que ó por ignorancia ó por menosprecio prescinde de aquel linaje de bellezas de la obra plástica, que son las características y fundamentales, y escapa por la tangente del juicio literario de fantasía, tan seductor como falso. Fuera la crítica que desconociendo lo que es sustancial en la obra de arte, exige del artista que lo sacrifique á lo accidental y convierta dicha obra en simple instrumento ó modo de manifestarse bellezas de linaje distinto y aún ajeno al artístico. No están de más, si por ventura están, en la obra plástica, la emoción lírica, el interés dramático, la trascendencia docente, pero ni deben estar forzosamense, ni de que no estén sufre la hermosura del trabajo del artista. ¡Si las más de las veces que el crítico piensa descu-

brir tales primores y quintaesencias resulta que el artista ni soñó con ellos al componer su obra! Por donde suelen andar tan distanciados el crítico y el artista, el cual ve visiones al averiguar por vez primera que lo que él pintó con barbas era ni más ni menos que una Purísima Concepción.

Tal es, repito, la doctrina estética de Yxart en materia de arte y de crítica de arte. Por esto con razón le aplicaba Alfonso á Yxart el dictado, que Yxart aceptaba aunque viniese cuasi como dicterio, de crítico realista, entendiendo Yxart, ya que no Alfonso, el realismo en el sentido amplio y expansivo, y ¿por qué no decirlo? idealista y espiritual que entrañan los conceptos explicados.

Á pesar de lo mucho y bueno que Yxart, según veis, pensó y escribió de arte, así y todo la crítica artística no era la que más le sedujese. Puede decirse que solo ocasionalmente la cultivó, llevado más de las circunstancias que de impulsos y de entusiasmos espontáneos. Recorred, sino, sus tomos de *El año pasado*. No rehuye el examen ni el juicio de los sucesos artísticos que durante el año han ocurrido, pero propende con predilección á los juicios

sobre materia literaria. En ellos se sentía más complacido ó más seguro.

He mentado los tomos que publicó Yxart de *El año pasado*. ¿Hablemos de ellos? Está publicado el primer tomo en 1886, comprendiendo el juicio de los sucesos literarios acaecidos el 85. La colección prosigue hasta 1890, en cual año publicó el relativo al *Año pasado*, 89. Aunque la colección abraza solamente cinco años, y se refiere sólo á Barcelona, constituye una historia completa en lo sustancial de nuestro movimiento literario contemporáneo. Entiendo por nuestro el de Cataluña en general. Porque Yxart no limita su juicio al libro publicado durante el año por tal ó cual escritor, ni al suceso teatral ó artístico concreto y limitado. El suceso ó el libro suelen ser el tema ocasional de una monografía sobre el autor, sobre el género literario, sobre la institución artística en la cual tienen su raíz.

De ahí que sean libros que pueden leerse hoy, á los nueve y diez años de su fecha, y que podrán leerse dentro de cincuenta años, casi con el mismo interés que recién publicados.

Desperdigados por entre los estudios que forman los cinco tomos andan varios artículos sueltos de un género en el cual fué también maestro Yxart. Hablo del artículo ligero de costumbres, de sátira, de burla festiva, ó meramente descriptivo. Allí lucía la travesura maliciosa de su ingenio, la perspicacia de su talento observador, y la delicadeza sutil de su sentimiento artístico. Allí están, por ejemplo, *El estreno de un gran tenor*, graciosa cuanto viviente y pintoresca impresión del tormentoso debut de Massini; *Ruinas*, hermosísima descripción de un pueblecito abandonado, orillas del mar cerca de Tarragona, que las olas van carcomiendo y devorando lentamente; *La estatua de Prim* y *Forasteros en Cataluña*, que firmaría Larra, si viviese; *De Reus á Tarragona*, lleno de luz y color; *El brindis*, sátira punzante que escribió en los comienzos de la época de la Exposición Universal, y que tal efecto produjo que á él se debió probablemente la discreta mesura que en lo sucesivo reinó en las diversas comilonas á que sirvió de pretexto aquel suceso memorable. Y como cito estos artículos podría citar diversos otros, sin contar con que, entreverados en el estudio

sustancioso, saltan á cada paso en las páginas de los cinco *Años pasados* los *intermezzi* festivos y decidores que tanto y con tanta razón os ponderé al principio del presente estudio al recordaros las condiciones de conversador literario que hacían tan ameno el trato de Yxart. También escribiendo conversaba, y conversaba deliciosamente.

El año 90, con el *Año pasado* del 89, dió fin á la série. Fué lástima para el público que había acogido la obra favorablemente, pero creo que el autor hizo bien. Nuestra vida literaria y artística, con ser rica en relación con el medio en que vivimos, es, al fin y á la postre, la vida de una región. Si la nación entera, —y no lo digo por vía de chiste — apenas da de si para llenar un *Año pasado* todos los años, menos podía darlo una región, siquier tenga esta región la vitalidad que la nuestra. Le pasaba ó le hubiera pasado á Yxart con el escenario de aquellos libros, lo que pasa en el escenario de los teatros de poco dinero. Con unos pocos comparsas se van trampeando las varias multitudes que sucesivamente salen en las obras. Á la vuelta de cortos años queda agotada la lista de autores, actores, pintores, etc., etc.,

que forman el personal de servicio de nuestra escena. Otra vez desfilan delante del público, y aun que el traje ó la decoración hayan cambiado, al punto les reconocemos. Parece que canten ó declamen lo mismo que ya otras veces les oimos cantar ó declamar. Además, como el círculo es reducido, y las afinidades juntan, todos nos conocemos y tratamos á diario, y por despreocupado que se sea, á la corta ó á la larga sale violento el despedirse de un amigo á las doce de la noche, y á la mañana siguiente espetarle en el periódico un artículo murmurando del libro que publicó ó del cuadro que tiene exhibido. Y cuenta que, las más de las veces, aun alabándole se le descontenta.

Por otro lado, da aquí la labor literaria tan pocas satisfacciones que uno llega á decirse á sí mismo: vamos á ver: ¿quién te mete ahora á redentor y á darle un disgusto, diciéndole que no lo ha hecho bien, á ese cándido ó entusiasta que se ha quemado las cejas escribiendo un libro, y ha gastado en publicarlo unas pesetas que difícilmente recobrará?

Yxart no temía ni rehuía responsabilidades. Bien lo demostró. Era hombre de acometivi-

dad y de lucha; tenía fé y entusiasmo por cuanto con arte y literatura se relacionaba; creía en la misión y en los deberes de la crítica, y escribía por mote de sus libros: *pro arte veritas*. Pero así y todo, más de una vez, en sus conversaciones entre amigos, mostrábase descorazonado, y llegaba á fatigarle la labor contínua de erigir ó de derribar pedestales. Es trabajo de albañil que, como levanta polvo, siempre ensucia poco ó mucho al que lo lleva á cabo.

Uno de los tomos más interesantes y nutridos de la colección de *Años pasados* es el que trae el pié de imprenta de 1889, y corresponde al 1888.

1888 fué el año de nuestra Exposición Universal.

Yxart, como buen hijo del campo de Tarragona — *gent del camp, gent del llamp* — y á pesar de las continencias de su prurito burlón, tenía los entusiasmos prontos y exaltados. La Exposición de Barcelona le entusiasmó y exaltó y dió abundante pasto á su poderosa facundia intelectual. Claro está que lo que le

había de interesar y le interesó fué el aspecto artístico y la parte pintoresca de aquella manifestación. En justa compensación del desapego con que los hilados y tejidos consideran y tratan las letras y á los desarrapados que las cultivan, Yxart guardaba para los tejidos é hilados una soberana indiferencia, bien que sin hacer de ella alarde alguno. Los otros iban por un camino, él iba por el suyo propio, y tan campantes. Inútil es, por consiguiente, buscar en sus brillantes crónicas de la época de la Exposición, publicadas en diversos periódicos y revistas de aquí y fuera de aquí, y seleccionadas y reunidas en el volumen á que me refiero, los consabidos encomios de nuestro vigor industrial ni del alarde de fuerzas que hizo durante aquel certamen. Pero en cambio queda y quedará en aquellas crónicas una impresión colorida y viviente de la animación extraordinaria que en aquel período alcanzó la que pudiéramos denominar vida espiritual de Barcelona.

Por cierto, —y vaya como inciso que amenice la aridez del presente estudio—que Yxart, el encomiador más sincero de nuestra Exposición, y uno de los que más y más agradable-

mente escribieron de ella, fué de los pocos infelices que para penetrar en el recinto de la misma pagó siempre la peseta de cada día ó las pesetas de días extraordinarios. Hasta, por una de sus proverbiales distracciones, se le olvidó abonarse. Seguro estoy de que fué el vecino de Barcelona que gastó más pesetas en entradas. Precisamente cuantos podían pagar la peseta entraban de balde. Malas lenguas decían que había un *reptilienfonds* destinado á recompensar los verdaderos ó los supuestos trabajos de propaganda. Pues para Yxart, que los hizo salidos del corazón, ni una entrada gratuita. Verdad es que estas cosas regularmente hay que solicitarlas, y no era él quién ¡el muy cándido! para ir á mendigar lo que podía tener por su dinero.

Volviendo al tema, digo que en aquella época y en aquellas crónicas tuvo Yxart señalada ocasión, y vive Dios, como dicen en los dramas cursis, que no la desaprovechó, para acribillar á saetazos de su discreta burla una de las *bêtes noires* que más erizaban los pelos de su espíritu crítico.

Os he indicado al principio que la idiosincracia intelectual de Yxart era en el fondo cas-

tizamente catalana. Era Yxart enemigo de las generalidades vagas y de mera abstracción. Sentíase inclinado á estudiar y considerar el fenómeno concreto en todos sus detalles y pormenores antes de lanzarse á inducir leyes y principios, prefiriendo la paciente pero sólida labor de la análisis, al fácil improvisar del fantaseo sintético. Esto en cuanto al fondo del pensamiento. En cuanto á la forma, no podía soportar la cháchara de los que muchas veces hablan largo porque piensan corto, y con la chorreante pirotecnia de las imágenes velan y disimulan la inanidad del concepto.

La Exposición Universal, aunque modesta, en cuanto universal, fué para España un acontecimiento. Con sus Congresos académicos, sus juntas políticas, sus funciones de obsequios, y la ocasión de reclamo que proporcionaba, atrajo á nuestra ciudad una porción de personajes y personajillos que, ó *motu proprio*, ó por compromiso, hubieron de lucir ante nosotros sus habilidades. Nosotros mismos echamos también una cana al aire y discurseamos por todo lo alto y ejercimos de señorías á beneficio de la ocasión.

Yxart la halló en todo ello más para la cen-

sura que para el aplauso, y no por quisquillosidad pedante, sino por convicción razonada y sincera. Lo más triste del caso era y es que nosotros no pudimos hallar gracia ante su burlona sonrisa. Porque nosotros, á pesar de que por ley de naturaleza somos de los concretos y no de los abstractos, parece como que nos avergoncemos de serlo, y nos pirramos, así que podemos, para ostentar cualidades de que solemos carecer. Con lo cual nos ponemos en soberano ridículo. Al cabo y al fin, en los que sacan de raíz aquella imaginativa afluencia de vaciedades hay cierta gallardía seductora que á ratos entretiene, mientras que nosotros.... pero peor es meneallo, y mejor consolarnos y fortalecer nuestro criterio y nuestro gusto recreándonos en las donosuras con que *les* y *nos* vapuleó Yxart.

El ideal académico de éste bien lo conocéis. Recordad la série de conferencias que por su iniciativa se dieron en esta casa durante la época de su presidencia, y con ocasión del cuarto centenario del descubrimiento de América. «Cataluña en la época del descubrimiento», tal fué el tema general, distribuído en varios estudios monográficos expuestos ante

vosotros, en este salón, con la ilustración del plano, del objeto de arte ó del comprobante arqueológico correlativos. No todos los músicos se ciñeron rigurosamente al compás del maestro, pero hubo bastante acuerdo para que maestro y público dijésemos todos á una: así es como han de hacerse estas cosas. El maestro y el crítico triunfaban.

Siento, señores, molestaros tanto, é incurrir tal vez en el vicio tan justamente fustigado por Yxart de hablar mucho para decir poco, pero necesito todavía unos momentos para estudiar en nuestro crítico otra de las aplicaciones de su doctrina, y otra de las brillantes manifestaciones de su talento. Hablar de Yxart sin hablar de sus estudios sobre el teatro y el arte escénico sería poco menos que no haber hablado de él; sería hablar de un enamorado y no mentar para nada la mujer que más raíces echó en sus enamoramientos.

Y cuenta, señores, que, apremiado por el tiempo y por vuestra fatiga, voy á entrar en el estudio de Yxart, crítico de arte escénico, sin haber hablado específicamente de sus opinio-

nes sobre el arte de la ficción literaria fuera del teatro, ni en particular sobre el arte de la poesía. Y es que, en puridad, para llenar ese hueco, más aparente que real, no podría hacer sino repetir, aplicándolo á aquellos objetivos, cuanto he dicho y cuanto he de decir todavía aplicado á otros objetivos análogos. La doctrina crítica de Yxart es una en todas sus manifestaciones múltiples; una, porque es de manantial. Catad el agua en cualquiera de las derivaciones de la fuente, y sabréis el paladar del agua de las otras.

Y ahora, al teatro.

Porque la pasión de Yxart fué el teatro, el teatro de declamación. Su vocación literaria á la vez que su instinto de culta sociabilidad sentíanse á gusto en el reducido espacio de un coliseo, á la luz artificial del gas, entre una multitud respetuosa y atenta, fijos los ojos y el pensamiento entero en aquel antro misterioso que allá en el fondo del proscenio se abre. En aquel antro se mueve y gira un mundo hecho de tablas y tela pintarrajeada, mundo en el cual todo es mentira — lo que se hace, lo que se dice, lo que se siente, amores, odios, la vida, la muerte — pero que, sin embargo, por

insondable misterio, alienta tan poderosamente en la vida del Arte, que parece más real y tangible que la realidad misma que de las tablas acá palpamos. ¡Cuántos dolores que en el cuotidiano comercio de la vida apenas nos conmueven, puestos en perspectiva en las tablas nos arrancan lágrimas de pena! ¡Cuántos personajes de ficción que sólo en el teatro vivieron han conquistado en la imaginación popular una impresión de realidad harto más intensa que grandes personajes de carne y hueso que se rebulleron mucho en la historia!

La predilección de nuestro Yxart por el teatro databa ya de su niñez. Chiquillo todavía, cuando Pitarra publicó sus *Singlots poétichs*, imitábalos él escribiendo sainetes del mismo jaez. En un diario semanal manuscrito que daba á luz y cuyo único suscriptor y lector era su primo Narciso Oller, ocupábase ya, si había ocasión, á la vez que de poner en solfa los acontecimientos locales, de materias de teatro. Entre los libros de la biblioteca de su casa eran los predilectos los de comedias, y sobre todo, una colección completa de las de Bretón de los Herreros, las cuales había leído tanto y con tanto placer, que años después se sabía y reci-

taba de coro largos retazos de muchas de ellas.

Vínose á Barcelona, el año 68, á cursar Derecho, y aquí halló mejores y más continuadas ocasiones de satisfacer su afición. Precisamente por entonces, y á partir de los éxitos colosales de la Ristori y de Rossi cuando sus primeras excursiones respectivas á nuestra capital, empezó ésta á ser como una sucursal de las capitales italianas, y no hubo compañía, de las muchas que pululaban por Italia, que no se corriese hasta aquí á tentar la suerte de nuestro público.

Eran para nosotros aquellas compañías una verdadera enseñanza. Nos daban á conocer todo un teatro nuevo, el teatro francés contemporáneo, con el cual formaban la base de su repertorio, amén del repertorio trágico que todas traían también en la maleta para lucimiento de la primera dama ó del primer galán.

Además, la menos lucida de aquellas compañías que sucesivamente iban entonces y han seguido después, cuasi hasta ahora, desfilando por nuestras tablas, era maestra en el arte que pudiéramos llamar de los conjuntos, esto es, de las escenas colectivas, una de las cosas que, bien hechas, más entretienen en el teatro. To-

das ellas, finalmente—y dejo á un lado las noches de tragedia — aportaban á la representación escénica un temperamento de naturalidad y de verdad sumamente discretos y gratos, impuesto en parte por la índole misma del género de costumbres que con predilección cultivaban, pero fruto, además, de la tradición de la escuela en que se iban educando todos los actores. Porque parece mentira que toda aquella gente viniese de la tierra de los tenorcillos falderos.

La fortuna trataba aquí de un modo muy desigual y caprichoso á aquellas compañías trashumantes. El mismo actor ó la misma actriz que durante una temporada teatral habían arrebatado al público y cosechado todavía más dinero que laureles, volvían al año ó á los dos años, y declamaban para las butacas y los acomodadores. Una compañía medianeja trampeaba perfectamente sus quince ó veinte días de abono, y en cambio, otra compañía superior llegaba hasta al trance de no saber cómo irse por tener empeñados los equipajes. Porque pudo y puede haber públicos extraños y versátiles, pero la verdad es que el nuestro se lleva la palma, pese á los que quisiéramos verle tan

inteligente de verdad como él presume ser ó dicen que es.

En cambio, si les faltaba á veces á aquellas simpáticas compañías el *gros public,* tenían seguros siempre unos cuantos fieles devotos, tanto más entusiastas cuanto que iban allí, no para ver ni que les viesen, sino para gozar y deleitarse religiosamente en las emociones de una función de arte serio. Las más desgraciadas podían contar siempre con aquellos *duecenti* Yxarts que ya hasta los acomodadores conocían, y á quienes dejaban sentar ya sin billete en las butacas de la platea. Un modo como cualquier otro de evitar que ésta quedase del todo vacía.

Eso de *i duecenti* me recuerda una frase ocurrente de Yxart.

La Pezzana, la gran actriz de nuestra juventud, era una de las que habían catado aquí las mudanzas veleidosas de nuestro público, pasando, sin saber porque, de los grandes llenos á los grandes vacíos. En una de las épocas de ayuno, cuando, antes de salir á las tablas, le preguntaba la actriz á su marido, el poeta Gualtieri, como andaba de gente el teatro, solía aquel contestarle: *i duecenti,* los de siem-

pre, los consabidos doscientos. Yxart trajo á colación la frase en un estudio inserto en su primer *Año pasado*, y, poeta como era, aderezó la cita con una salutación entre festiva y tierna á los compañeros del *batallón sagrado* recordándoles sus gestas, como el veterano las glorias y fatigas de sus comunes campañas á los que con él pelearon y sufrieron.

La salida fué muy celebrada, como que el *i duecenti* se hizo cuasi proverbial. Pero he aquí que resultó que todo el mundo había sido de *i duecenti*. Á cada paso se encontraba Yxart con gente que, mirándole con un guiño de inteligencia, le sacaban el tema como diciendo: ¡qué me va V. á contar á mí de los doscientos!... Y nos decía Yxart: «En tres días he conocido lo que menos *quatrocenti duecenti* que no conocía.»

Aquellas enseñanzas que fué recibiendo Yxart durante su vida de estudiante, y luego, en sus sucesivas estancias en Barcelona, caían en terreno abonado. No hacían sino formular y comprobar con la palpitante realidad del ejemplo las intuiciones de su gusto congénito. Las direcciones dramáticas y los procedimientes escénicos de aquellas compañías encajaban

en el modo de sentir artístico de Yxart, y aun en su idiosincracia intelectual. Iban camino de la naturalidad, una naturalidad sincera y viviente. Si me permitiéseis la palabra, os diría que obedecían al criterio *naturista*, que era el criterio fundamental de Yxart. Digo *naturista* y *naturismo* porque la voz *naturalismo* que sonaría menos estrañamente en vuestros oídos ha sido monopolizada por una escuela en cuyas honduras fisiológicas y sociales no quería meterse Yxart. Y no digo *realismo*, aun cuando á Yxart se aplicó el mote y él no lo repudiaba, porque, siquiera en el concepto del vulgo, y de muchos que son vulgo sin pensarlo, aquel sobado mote ha venido á significar algo inferior y bajo, eso que el tal vulgo llama fotografía servil de la vida menuda de cada día.

No: el *realismo* de Yxart en el teatro, como en la novela, como en general en toda manifestación estética, era — creo que ya os lo he dicho hablando de sus doctrinas sobre artes plásticas—era, repito, más amplio y comprensivo: era la convicción y la afirmación de que la primera materia artística ha de buscarse siempre en la naturaleza, sea material, sea pasional. El papel de la imaginación es suminis-

trar á las bellezas naturales el modo y forma de la exteriorización artística. Para conseguirla, decórelas y exórnelas enhorabuena cuanto demande la fogosidad individual del artista, pero labre siempre en ellas como en materiales primeros, acusándolas siempre como elementos constructivos que son, y armonizando el adorno con el empleo respectivo que en la construcción tengan. No quiera la imaginación ser señora donde debe ser vasalla, siquier sea vasalla principal y favorita.

¿Es esto anularla? No, es disciplinarla. Y cuenta que no es ésta disciplina tan cerrada y rigurosa que excluya por necesidad de los dominios del arte la obra de mera fantasía. ¡Qué más! En el teatro mismo consiente obras de tan divino aliento, verbi gratia, como *El sueño de una noche de verano*, de Shakespeare, una de las creaciones más deliciosas del humano ingenio. Pero estos serán siempre casos de excepción, recreaciones del genio, geniales como todo lo que este crea. No puede ir á buscarse en ellas la tónica general, el canon del arte, máxime cuando se trata de arte escénico, el cual, en esencia, consiste en la reproducción estética de la vida pasional humana. Si es así,

¿cómo sustituir el hombre de verdad por el hombre de imaginación? ¿El sentimiento-verdad por el sentimiento-fantasía?

Temo, señores, que habéis de encontrar todo esto vago y oscuro. La palabra, la mía por lo menos, no alcanza á precisar bien los matices del pensamiento. Por fortuna, como se trata de conocer y de determinar el de Yxart, tenéis á mano un medio sencillo para suplir mis deficencias, que es acudir al manantial. Para ello, leed el magistral estudio que en el *Año pasado*, de 1888, correspondiente al 87, publicó nuestro escritor con el título *Calvo y Vico. Comentario y glosa*.

No necesitaréis probablemente los que me escucháis, que os recuerde el origen ó la ocasión del estudio de que se trata. En la memoria tendréis, sin duda, el formidable alboroto — pues alboroto fué y formidable — que armó Yxart en el mes de Junio del 87 arremetiendo ferozmente contra Vico y Calvo, entonces en el apogeo de su gloria, y contra la escuela escénica y de declamación que cultivaban, y contra la escuela dramática que con tal escuela escénica habían, sino creado, fomentado y estimulado notablemente.

Os he hablado antes de la fenomenal versatilidad de nuestro público teatrero. Me desdigo. Rafael Calvo había conseguido entre nosotros parar la rueda de la fortuna. La gente iba detrás de él una temporada tras otra temporada, sin fatigarse nunca, antes por lo contrario, pareciendo entusiasmarse cada día más. ¡Si hasta cuando no pudo entusiasmarse con él en persona, se entusiasmó con su eco y parodia, que fué su hermano Ricardo!

Vico no era tan afortunado. Á pesar de que (ó tal vez porque) como actor valía más que Calvo, le pasaba á Vico lo que he dicho de los italianos. Una temporada llenaba el teatro, y á la siguiente declamaba para las candilejas. Sobre todo si trabajaba en competencia con su émulo, era caso perdido. Las señoras se pirraban por Calvo, y detrás de las señoras iban los caballeros y los señoritos. Los señoritos sobre todo, que con el gremio de horteras formaban el núcleo del público masculino de Calvo. Por esto fué que, si bien con secreta mortificación de su amor propio de artista, Vico tuvo que alistarse, en la temporada de primavera del 87, en la compañía de Calvo. Alistóse como primero, á nombre cruzado con

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques
Biblioteca d'Humanitats

el de Calvo, pero en el fondo, para el público de aquel teatro, era el segundo. Cuanto más se acercaba á Calvo en las muletillas de la declamación tanto más era aplaudido, con lo cual, él, que ya las traía propias de análogo jaez, tiraba á cargar la mano, y, más displicente que nunca, menudeaba aun menos de lo que solía los arranques de gran actor con que de vez en cuando entusiasmaba á las gentes entendidas.

La cosa fué subiendo de punto. Porque, santo y bueno que se festejase y aplaudiese á los actores, pero era asunto de ponerse nervioso el oir y ver cómo y cuando se les aplaudía. Sucedía lo que con los cantantes. Una nota final aguda, bien aguda, y sostenida, bien sostenida, y rompan los cielos en cataratas de aplausos. Ni aun era preciso dar la nota entera; bastaba dispararla, anunciarla, que ya el tonitruante palmotear del público se encargaba de cubrirla, y allá salía lo que salía entre el estruendo general. Diréis tal vez que exagero, pero haced memoria. Venía la tirada, el aria de bravura, esperada por todos. Los matices de dicción, basados en lo que se decía y no en el cómo se decía—la verdad en la pasión,

el carácter en el personaje, la expresión en el rostro, toda esa filigrana de primores con que el gran actor borda y vivifica su papel y se os lleva los ojos y el alma, cedían el puesto á la modulación musical esterna del verso ó de la prosa declamada; la voz cambiaba de registro, subía y bajaba en busca del efecto, y luego, de repente, al acercarse el final, precipitábase la dicción atropelladamente en torbellino de palabras que ni se sabía siquiera lo que decían, perdidas en una especie de cadencia disparada. ¿Qué importaba lo que dijesen si ya conjuntamente había estallado el aplauso? Todo lo demás, lo de los matices, y de la verdad, y del caracter, y de las filigranas eran detalles de menor cuantía. Habíamos ido á oir al actor-tenor; el tenor era lo más, el actor lo menos. Es lo que decía ingenuamente cierta dama de nuestra buena sociedad, sin duda entusiasta de Calvo, *viendo* al barítono Maurel en el papel de *Rigoletto:* «Me carga ese hombre; parece un bufón».

Una parte del público, los que soñaban con otro linaje de Teatro, ó no iban, ó protestaban *sotto voce* en los pasillos; pero como se oye más á los que gritan que á los que callan,

sus protestas y quejas se perdían en el vacío.

Yxart acabó la paciencia. El era de los otros, y lo era de antiguo y con el alma. Diez ú once años antes escribía en ciertas notas íntimas, recordando sus fruiciones teatrales de estudiante:

«El arte de la declamación nos embriagaba, producía en nosotros horas enteras de frenesí y locura, y profesábamos teorías completamente distintas de nuestros compatriotas sobre la verdadera manera de representar, rechazando como falso é insoportable el tono declamatorio de la mayoría de los actores españoles, aun de los más eminentes, que con escándalo público proclamábamos *bárbaros*, y admirando con ferviente culto la declamación de los italianos Rossi, Pasquali, Pezzana, Mayeroni, modelos de sencillez y naturalidad, y poseedores del *quid divinum* de conmover y arrebatar con una simple exclamación, y *detallar* el papel más secundario con inapreciables rasgos de talento y de observación.» Notad de paso que el verbo *detallar* está subrayado en el original. Precisamente en el *detallar* fincaba el pleito.

He querido copiar íntegro este párrafo de Yxart, que data del 75 ó 76, para demostraros

que traía la cosa en la sangre, y que la campaña contra Vico y Calvo, mejor dicho, contra Calvo, de 1887, no fué un exabrupto de escritor que busca el escándalo, sino el estallido de una mina que venía cargada desde hacía años.

El feroz análisis de la representación de *La bola de nieve* de Tamayo, que hizo Yxart en el artículo-bomba publicado el 12 de Junio del citado año en *La Publicidad*, no era más que la concreción reflexiva que hacía el hombre, de las intuiciones que había ya tenido el mozo, cuasi el niño. En aquel artículo, ni más ni menos que en los corredores de teatros durante su vida de estudiante, venía á proclamar *bárbaros* á los dos actores españoles que por entonces — descontado el viejo Valero ya cuasi inválido — pasaban por más eminentes, ó mejor, por los eminentes.

Pero esta razón, la del gusto personal del autor, era la razón chica. Había, además, en el ánimo de Yxart, al romper el fuego, otra razón, la razón grande. Oigámosle:

«En nuestros círculos artísticos y literarios, escribía meses después en el resumen del *Año pasado*, las corrientes se encaminan á un punto bien distinto del romanticismo trasnocha-

do, y de ese realismo lírico, mezcla rara y artificiosa de mal digeridas teorías con resabios de sentimentalismo. Pues bien ; por qué ¿si desdeñamos resueltamente tal escuela ó tan pésimo gusto en el libro, en el cuadro, en la teoría filosófica, en la polémica periodística, hemos de aceptarlo en el teatro? ¿Por qué en él gran parte de nuestro público se pone en contradicción tan palmaria con cuanto informa su vida y su criterio?... Hombres del Norte, no deben bastarnos en el teatro, como no nos bastan en la vida ni en las demás artes, la pura sensación, el halago de la forma, la música de la palabra y la exaltación á *outrance*, cuando no parten de un sentimiento hondo, y no producen una belleza más intensa. Si la decadencia en el gusto, el abuso del reclamo que le sigue, y los éxitos artificiales excitan algunas protestas fuera de aquí, ¿cómo no recordar con más empeño aquí, donde nos dan las obras en frío, la propaganda de los primeros críticos que escriben junto á la misma fragua?»

¿No os parece que hay en este Yxart algo más que un crítico bilioso? ¿Que hay un pensador de alto vuelo?

El golpe hábil de Yxart consistió en la elección del punto de partida. Porque si es verdad que, como cuando era estudiante, lo que hizo en su artículo inicial fué ni más ni menos que *proclamar bárbaros* á los dos eminentes actores, ello es que con relación al caso concreto elegido demostró que lo eran. Aún los que habían aplaudido á rabiar *La bola de nieve* incriminada por Yxart, convinieron en que la pintura de Calvo y Vico en aquella comedia era una maravilla de parecido. En efecto; releed el artículo en el *Año pasado,* y os producirá la impresión de un retrato bien hecho; no conoceréis al original, y sentís, sin embargo, que el retrato es de un original que real y verdaderamente existe. Sí, decían las gentes, Yxart tiene razón; *La bola de nieve* fué esto que él explica, pero... y el pero fué un estallido formidable de gritos y denuestos, en público y en privado, contra aquel procaz que osaba arrancar el velo al ídolo y mostrar que tenía los piés de barro.

La crítica había dicho de Calvo en Madrid, sin que se hundiesen las esferas, algo de lo que dijo aquí Yxart. Es más: en Madrid Calvo iba al ocaso entre el mismo público, á pesar de

que su declamación huera y falsa, pero brillante y briosa, parecía que hubiese de cuadrar mejor con el temperamento de aquella gente que con el de la nuestra. Pero aquí, ya se sabe, en tocando que tocan á ser toreros, aún los cuernos de carnero se nos antojan astas de toro. No hubiera Calvo hallado en otras partes quien le oyese, que aquí, con cuatro pases de *claque* bien dados, y hacer correr la voz de que aquello era la gallarda sangre española neta y castiza, ya nos tenían trastornada la cabeza, y á llenar el teatro.

El artículo de Yxart, como he dicho, provocó un escándalo literario, el mayor que se ha oído por aquí hace años. Llovieron contra el crítico toda suerte de denuestos. El contradictor más comedido y respetuoso le mandó que se callase porque no podía juzgar á Calvo quien, como Yxart, en el artículo en cuestión, había hablado del *ala* de los sombreros de la mamá y la niña. *Alas* se dice, señor crítico, y no *ala* en singular. Otro le llamó necio. Quien pedante. Muchos envidioso. ¡Yxart, envidia de un actor! ¡El que sólo había salido á las tablas una vez, *inter amicos*, cuando se estrenó la *Judith de Welp* de Guimerá, en un teatrillo de

Canet de Mar! Por cierto que algo, sobre todo en el modo de decir, hubieran podido aprender de él en aquella ocasión algunas eminencias.

Por fortuna saltó al palenque lanza en ristre á contender con Yxart un campeón digno de él. Con ello se elevó la discusión y resultó interesante y apasionadora para todos. El campeón fué Federico Soler, el famoso dramaturgo catalán.

Líbreme Dios de entrar en el terreno de las intenciones, pero se nos antojó entonces á muchos creer, y sigo sospechando que, más que á defender á Calvo, salió Soler á defenderse á si propio, buscando en semejante coyuntura, hábil y decorosa ocasión de contestar á las críticas repetidas y no del todo suaves que de sus obras y de su escuela dramática había escrito Yxart.

Soler vió á lo que iba éste, y enseguida remontó la polémica desde el cómo se representaba á lo que se representaba; desde Calvo y la escuela de declamación de este, á Echegaray y á la manera dramática de Echegaray y demás neo-románticos, detrás de los cuales muy modesta y discretamente dejaba destacar su silueta propia el popular dramaturgo. Hízose,

por consiguiente, teoría, dogma y estética, entreverado todo ello con tal cual zarpada personal, entre muchos «perdone y dispense, querido amigo» y alguna que otra zancadilla más diestra que bien intencionada. Achaque de toda polémica pública en la cual juega, aún sin querer, el amor propio tanto como el amor de la verdad.

Claro está que á mi me ha de parecer que en el combate empleó las mejores armas y llevó la mejor parte el *correligionario* Yxart, y aún entiendo que llegaría á demostrarlo si preciso fuese. Pero ni es ocasión, ni hay porque; además, se trata de muertos y de muertos ilustres, cuya memoria venero y veneramos todos. Yxart creía tener razón, Soler creía tener razón, y como ambos eran fuertes y de recursos, notable hubo de ser y notable fué la pelea.

En ella, como dije al principio, halló ocasión Yxart de desarrollar sus teorías sobre arte dramático y sobre interpretación escénica, empleando en el desarrollo todo el entusiasmo de su corazón, toda la potencia de su cerebro crítico, toda la lozanía de su estilo literario vibrante y movido. Todas estas condiciones

habéis de hallar en el estudio resumen que hizo de la cuestión para su tercer volumen de *Años pasados*, estudio que antes he calificado y vuelvo ahora á calificar de magistral. No lo había vuelto á leer desde hace nueve años, de cuando se publicó; lo he leído ahora, es de una crítica verdaderamente séria.

Como todos los que pelean y sufren por una causa, que cuanto más sufren por ella más entrañablemente la aman, Yxart amó cada día más la causa del teatro, y cada día con mayor calor defendió sus ideales y sus doctrinas. Del calor de su entusiasmo y de la potente virtualidad de sus convicciones artísticas nació su última obra, *El arte escénico en España*, libro malaventuradamente truncado á la mitad por la muerte de su autor. Por fortuna para la gloria de Yxart, aunque cortado el libro á la mitad, la mitad que escribió y publicó puede darse por completa, y forma cuerpo aparte y propio, independiente de la segunda mitad, enterrada en la tumba con el crítico.

El arte escénico debía encerrar dentro del plan del autor el cuadro completo del teatro

coetáneo en España; los autores, los actores y el teatro propiamente dicho, ó sea, el conjunto de artes escenográficas que dan á aquéllos y á éstos el marco y vestidura para sus creaciones. La primera parte, la de los autores, es la que puede darse cuasi por completamente terminada. *El drama*, *La comedia*, *Piezas y sainetes*, son los tres grupos de estudios que comprende, precedidos de una Introducción que llena la cuarta parte del libro y que es un estudio general, como no se ha escrito hasta ahora, del teatro español, ó mejor, castellano, de nuestro siglo. Del catalán pensaba hablar aparte en su día. Comprende, además, un jugoso estudio acerca de las novísimas corrientes dramáticas en el extranjero, estudio en el cual se demuestra con cuanta pasión y atención seguía Yxart todo lo que con el teatro se relacionaba.

Publicóse en folletines *El arte escénico* desde 1892 hasta 18 de Abril del 95, un mes antes de morir Yxart, y luego fué coleccionado en dos tomos para regalo á los suscritores, en el periódico barcelonés *La Vanguardia*, al cual tanto deben las artes y las letras catalanas. El nombre de *La Vanguardia* debía y debe sonar forzosamente en lugar de honor, tratándose

de una necrología de Yxart que fué el hijo mimado de ella, y el hermano querido de cuantos en ella más ó menos asíduamente hemos redactado y colaborado. Cuando nada más le debiesen las letras patrias á *La Vanguardia* y á su director Sánchez Ortiz, el amigo de todos nosotros, le deberían *El arte escénico en España* de Yxart. Y creed que es deuda.

Pero hoy ya el libro reclama una segunda edición pública que le dé nueva resonancia. ¿Por qué en España ha de haber tan menguada vida editorial que aun no haya conseguido esta nueva edición *El arte escénico?*

El arte escénico es un libro á lo Taine, uno de los maestros y doctores de nuestro escritor, con quien se sentía bien hallado el temperamento pensador, sólido y reflexivo, de Yxart. Al leer el libro, nótase enseguida la robustez de los cimientos sobre los cuales se erige. Estos cimientos están constituídos por el escrupuloso y personal estudio hecho por el autor, hasta del menor detalle, sobre la materia viva. No hay afirmación que no traiga su prueba, apreciación que no vaya razonada y documentada, conclusión á la cual no preceda áun la menuda exposición de sus premisas. El caso

concreto como base del juicio; la inducción como procedimiento; el principio general de doctrina, no imaginado á priori caprichosamente, sino surgiendo, como en triunfo, del análisis de los hechos vivos. Era la obra del Yxart que os he venido dibujando, pero llegado ya á la plena madurez de su talento.

Podrán discutir y discutirán sus apreciaciones los que disientan de su modo de ver y de sentir el teatro, pero no podrán negar que si discute y pone en tela de juicio glorias que el hervor de las multitudes sublimó un día y olvidará otro—yá empieza el olvido;— que si no compartió ciertos entusiasmos ni se avino en cambio á ciertas indiferencias, fué obedeciendo á sólidas y razonadas convicciones artísticas y á pruritos de un gusto refinado y superior.

Como veis — y llegamos ya al fin de la jornada — tuvimos en José Yxart un crítico de alto vuelo. Como crítico queda y quedará en la historia de nuestras letras, no ya de las propiamente regionales, sino de las españolas en general. No cuenta la crítica en España con

muchas obras de la talla de *El arte escénico*, aun truncada y sin concluir como está.

Algunas veces, amigos de Yxart que le querían, lamentábanse de que se hubiese encasillado en un género literario como el de la crítica, en el cual es difícil, mejor dicho, imposible labrarse un nombre y conquistarse una gloria que llegue á la masa, como no sea la ingrata gloria del escándalo por el escándalo.

Tenían y no tenían razón sus amigos. Claro está que los triunfos del crítico brillan en una esfera limitada sin alcanzar jamás la expansión de los del novelista ó del autor dramático. Pero la crítica, cuando sale de la gacetilla larga — que es lo que suele ser el artículo crítico corriente — también es creación, y creación de alta alcurnia, y si no conquista el aplauso ruidoso, tan ruidoso muchas veces como efímero, que la novela ó el drama deben á momentánea sobrexcitación, gánase en cambio el sufragio seguro y duradero de los que estudian y se recrean en la labor de una inteligencia perspicaz y viva. Yo de mí se decir que necesitaría hacer un esfuerzo para releer obras que al salir á luz leí con avidez, y que en cambio he releído de

buen grado y con fruición verdadera las obras críticas de Yxart.

Por otra parte, cada cual debe hacer aquello para que ha nacido. La mayoría no nacemos para cosa determinada, y hacemos aquello á que las circunstancias nos empujan, convirtiendo el hábito en vocación. Pero Yxart — yo así lo creo — había nacido para crítico, y con vocación especial y marcada para la crítica. Si hubiese nacido para la novela ó para el teatro, dedicándose como se dedicó á la vida literaria, hubiera escrito dramas ó novelas. Claro está que como tenía mucho talento y mucho gusto y mucha cultura, si hubiese querido escribir novelas las hubiera escrito y bien, lo mismo que obras teatrales. Es más; las escribió en sus mocedades, y con ellas y con sus triunfos soñó. Es más todavía; en la última época de su vida volvió á pensar en escribirlas, y hasta le hurgaban el cerebro asuntos determinados y semiplaneados.

Mas aún así, opino que su característica cerebral era la que distingue al crítico. El mismo suceso vivo ofrecíase á sus ojos como un *caso* literario, y como un caso literario lo analizaba y ahondaba en él. Su visión del suceso vivo

era penetrante, anatómica, por decirlo así. Recordad los que fuísteis sus amigos y le tratásteis en conversaciones confidenciales, las disecciones que os hacía cuando os narraba sucesos que le hubiesen interesado con viveza. Hasta podríais leer en el tomo de *Obras catalanas* publicado á raíz de su muerte, algo que os daría idea de como su vista de lince penetraba con mirada de psicólogo y aún de sociólogo en las entrañas del hecho observado. Pero repito que semejante visión era la visión inmediata y actual del crítico más que la visión del inventor de ficciones, novelista ó autor dramático, para quien los hechos ambientes son meros puntos de partida ó datos que aprovecha como elementos de sugestión ó, todo lo más, de comprobación. Á Yxart le interesaba más el dechado que la novela que en él pudiese bordarse. Y conste, y conste bien, que su visión no era fría ni descastada, visión de *dilettante*, sino visión caliente y en la cual tomaban parte todas las potencias de su sér. Y esto lo mismo cuando estudiaba el caso humano que cuando estudiaba el caso artístico.

Incidentalmente os hablé del tomo de *Obras catalanas* de Yxart. Permitidme que, aun forzando el enlace, aproveche la alusión para dar el último toque al retrato de nuestro consocio. Recogió las obras y las ordenó Narciso Oller—hablando de Yxart hay que hablar de Oller á cada paso—y las editó la imprenta del *Avenç*. Aunque sea banal la frase, permitidme que os diga que es un libro que honra á las letras catalanas y pone el sello á la gloria de Yxart. Hay en él unas cuantas poesías y varios cuadros de género que son sin disputa lo que llaman los franceses *chefs-d'oeuvre*. Hay, además, el substancioso estudio sobre el teatro catalán, que le fué premiado á Yxart en los Juegos Florales de 1879, estudio que preludia y anuncia los que escribió después y que forman su patrimonio literario.

Hicieron bien Oller y los del *Avenç* en coleccionar los escritos catalanes de Yxart. Ya os he dicho varias veces en el curso de este prolijo estudio que Yxart fué un pensador catalán y catalanista, por más que en lo vivo y ligero de la forma algo se apartase de nosotros. No le

llevaron al catalanismo entusiasmos históricos de patriota, sino convicciones de razón. Aprendió el catalanismo, aunque parezca paradoja, en las filosofías críticas de pensadores como Taine, y en las vigorosas plasticidades de la novela de Zola. Lo arrancó, sobre todo, de su mismo cerebro, fundamentalmente positivista. Por esto le interesaban medianamente las gestas de los *Peres* y los *Jaumes*, y si bebía alguna vez en la copa del odio á Felipe V era porque la copa estaba hermosamente cincelada y gustaba á su espíritu de artista. Pero halló en defensa del uso del catalán en literatura razones que antes que él nadie había expuesto con tan triunfante lucidez; enalteció y ensalzó cuanto se merecían las obras catalanas que lo merecían; y sobre todo, llevó hasta la pasión, la pasión del convencido, su enemiga militante contra tanto elemento perturbador como en los órdenes todos de nuestra vida cerca y estrecha y ahoga, adulterándolo y desnaturalizándolo, el verdader genio catalán, el que es nuestro, el que constituye nuestra herencia, el que nos da personalidad y título de derecho á la vida.

Y basta ya, señores. Harto os he molestado.

Á cambio de las ventajas de que goza con relación á la pintura, lucha la literatura con una desventaja.

Aquí tenéis el retrato pintado de Yxart, retrato cuya colocación celebramos en este momento. Por una feliz idea de Graner, el artista que lo ha ejecutado, el cuadro nos evoca la imagen del que fué nuestro Presidente, la noche, una de las grandes noches del Ateneo, en que inauguró el curso académico del 92. Vedle: de pié ante la mesa presidencial, las cuartillas en la mano, á plena luz el rostro, el cuerpo en la penumbra. Parece como que van á sonar su voz reposada que la enfermedad no empañó todavía, su dicción limpia, expresiva y sobria. Va á leernos su magistral disertación sobre el aspecto psicológico y sociológico de la crítica contemporánea.

La evocación es total, una é instantánea. En las soledades de su taller el pintor ha dibujado y modelado uno tras otro los trazos de la figura, pero aquí no veis el detall del trabajo ni habéis de asistir á la paulatina elabora-

ción de la obra. La impresión se os da de un solo golpe.

Yo, en cambio, he debido iros mostrando uno á uno, aislados y sucesivos, los rasgos de una fisonomía intelectual. He debido daros separado lo que en la realidad era conjunto. ¿Resultará así la imagen espiritual, la fiel, la verdadera, de Yxart?

No lo sé: en todo caso, si el parecido no resulta, no será porque en conseguirlo no haya yo puesto el corazón; torpeza será de la mano, que no siempre esta obedece lo que le ordena el alma.

No castiguéis, señores, semejante torpeza con el silencio; y ya que tengáis que negarme á mí por fuero de justicia un aplauso, tributadlo á la memoria del que fué socio ilustre entre los ilustres de esta casa, del nunca bastante llorado Yxart.

He dicho

NOTA AMPLIATORIA

Escribí el estudio que precede con el pié forzado de su lectura en pública sesión en el Ateneo. Por esta razón tuve que ir conteniéndome á cada paso, pensando con temor en que tiene sus límites el aguante del público mejor dispuesto. Aun así, temo que los rebasé, y que si no fracasó, según parece, la lectura, debióse al prestigio del nombre glorificado, y á lo bien que leyó mi buen amigo don Joaquín Cabot, á quien doy gracias desde este sitio.

Tal como se leyó se imprime. No me he creido con derecho á modificar una línea sola, ni aun para ampliarla *ad majorem gloriam* de Yxart, esto es, para completar toques de su

fisonomía moral é intelectual ó dar realce mayor á alguno de los aspectos de la misma.

Mas ya que no ponga la mano en el cuerpo del discurso, permítaseme que en nota ampliatoria diga aparte dos palabras acerca de un punto cuya total omisión en aquél me remuerde un poco.

Hablo en él del carácter expansivo de Yxart y de cuanto deleitaba y se deleitaba departiendo *en petit comité* con sus íntimos. Y á tal propósito pondero, aun menos de lo que merecía, la ingeniosa viveza y la afluencia de ideas de su conversación sin par.

De estas galas de su carácter y de su talento queda un eco vivo: su correspondencia. Leyendo sus cartas parece á trechos que se le oye.

Yxart era aficionado á escribirlas, sobre todo en las temporadas de soledad y aburrimiento relativos que pasaba en Tarragona ó en el campo, una de sus pesadillas. Entonces entretenía sus murrias y sus ocios escribiendo á sus amigos, tanto por el placer de escribirles y de templarse los nervios, cuanto para provocar la respuesta y hacerse por tal camino una tertulia ideal que imaginativamente supliese la verdadera y directa.

Ha de haberlas también copiosas, ya de orden menos confidencial, sobre puntos de arte ó de literatura, en manos de escritores y artistas con quienes le pusieron en relación sus funciones de Director literario de las casas Cortezo y Henrich, ó trabó amistad con ocasión de visitas que hicieron á Barcelona. Por cierto que, á juzgar por las respuestas á que dieron lugar, varias de ellas han de ser interesantes como exposición de doctrina ó como juicio de obras y sucesos.

Sin duda habrá desaparecido gran parte de esta correspondencia, así de la íntima y confidencial como de la *académica*. Aun dándole sus receptores todo el valor que indudablemente tenía, no se les ocurriría á muchos conservarla, y ni aun guardándola de primera intención, pensarían después en sustraerla á las peripecias y azares del trajín diario.

Mientras vivió Yxart, nadie se acordaba de que un día pudiesen ser aquellas cartas piadosas reliquias de un amigo desaparecido. Luego fué tarde. Yo de mí sé decir que con haber recibido algunas, me encontré, cuando quise recogerlas, con que eran contadas las que por azar guardaba en un fondo de cajón.

Así y todo, sin embargo, bastantes han de quedar, y valdría la pena de que entre todos hiciésemos un acervo común y las archivásemos en sitio de confianza donde, andando el tiempo, pudiesen saborearlas los aficionados á esa suerte de golosinas. El Museo-Biblioteca Balaguer me parecería archivo adecuado para ello.

Hay, sobre todo, para dicha colección, un contingente importante, que es el que conserva el *alter ego* de Yxart, su primo, y confidente de toda la vida, Narciso Oller. Más cuidadoso que los otros, y ¿porqué no decirlo? más enamorado, fué guardando una buena parte de las que recibió, y como oro en paño las tiene, decidido á que no se pierdan.

Y hará bien. En ellas está, palpitando y viviendo, el Yxart entero, sin el empaque y artificio que aun los más espontáneos y sinceros ponen en la obra elaborada para el público. Sus alegrías y sus penas, sus decepciones y sus entusiasmos, lo que piensa de los hombres y de las cosas que sucesivamente ocupan su atención, lo que le complace ó lo que le hiere, todo va saliendo allí sucesivamente al correr de la pluma, sin otro afeite que el congénito

buen gusto y las espontáneas elegancias del estilo del autor. Y es singular que en ellas sale, como en todas las demás cartas de Yxart, como en todas sus conversaciones, como en todas sus obras, lo que era nota característica y esencial de su espíritu: la elevación señoril de éste, y la ponderada harmonía de sus facultades. ¿Quién no se corre alguna vez escribiendo á amigos íntimos? ¿qué libertades y licencias no se cometen en confianza? Yxart escribía igual que conversaba: tan en mangas de camisa como se quiera, más que otros que tienen á gala ser *naturales*, pero no se desabrochaba ni se arremangaba. Le sublevaba interiormente toda grosería, en el sentido más ámplio y comprensivo de esta palabra.

Si entre nosotros hubiese público para esas finezas de la correspondencia, podría, ahora ó más tarde, hacerse un tomo muy agradable con las cartas ó fragmentos aprovechables de cartas de Yxart. No tendrían interés escepcional por las materias que tratan, porque al fin el medio ambiente en que se escribían era reducido, pero lo tendrían por el desempeño. Son, como antes dije, golosinas para paladares delicados.

Pero ya que no se publiquen, lo cual es difícil, bueno será á lo menos que no se pierdan. Serán una justificación más del cariño que en vida pusimos en Yxart cuantos le tratamos, y de la pena con que le vimos desaparecer por siempre de nuestro lado.

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques
Biblioteca d'Humanitats

GRABADO Y ESTAMPADO

en Marzo de mil ochocientos noventa y ocho

POR

J. Thomas — Barcelona

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques
Biblioteca d'Humanitats
Res/1124

J M 3-5-63

JOSE YXART

RES
/1124